



CUANDO NOSOTRAS FUIMOS DRAGONAS

KELLY BARNHILL

Prólogo de Claudia Ramírez Lomeli





loqueleo®

CUANDO NOSOTRAS FUIMOS DRAGONAS

Título Original: *When Women Were Dragons*

D. R. © del texto: Kelly Barnhill, 2022

D. R. © de la ilustración del forro: Charlotte Day, 2022

D. R. © del diseño del forro: Emily Mahon, 2022

Publicado por primera vez por Doubleday, una división de Penguin Random House LLC.

La versión en español fue publicada bajo acuerdo con WRITERS HOUSE LLC por medio de RDC AGENCIA LITERARIA S.L., C/ Fernando VI n° 15, 3° derecha, Madrid 28004, España.

D. R. © de la traducción: Ana Escárcega, 2024

D. R. © del prólogo: Claudia Ramírez Lomelí, 2024

D. R. © Santillana Educación México, S. A. de C.V., 2024

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: agosto de 2024

ISBN: 978-607-585-016-0

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños integros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx



**Cuando nosotras
fuimos dragonas**

Cuando nosotras fuimos dragonas

Una novela de
KELLY BARNHILL

Traducción de Ana Escárcega

loqueleg®

*Para Christine Blasey Ford,
cuyo testimonio encendió esta narrativa.*

Y para mis niños, dragones todos.

“El dragón está en su túmulo, sabio y orgulloso de sus tesoros”.

Proverbio anglosajón

“Eran de aspecto feroz, de terribles formas con enormes cabezas, cuellos largos, caras delgadas, complexiones amarillosas, orejas peludas, frentes amplias, ojos penetrantes, bocas fétidas, dientes como de caballo, sus gargantas vomitaban fuego, sus fauces retorcidas, labios gruesos, voces estridentes, con el pelo chamuscado y gordas mejillas, su pecho como de pichón, sus muslos llenos de costras, sus rodillas huesudas, sus piernas chuecas, tobillos hinchados, patas planas, bocas que soltaban gritos estridentes. Eran tan terribles sus poderosos chillidos que llenaban casi todo el espacio intermedio entre la tierra y el cielo con sus rugidos discordantes”.

La vida de san Guthlac de Félix, un monje de anglia oriental, aproximadamente 730 d. C., en el que el buen monje describe a los ocupantes originales del túmulo donde el santo había intentado construir su ermita

“Si yo, como Salomón...,
pudiera cumplir mi deseo...
Mi deseo... ¡Ay, ser un dragón!,
símbolo del poder del Cielo —pequeño como
un gusano de seda o inmenso; invisible a veces—.
¡Extraordinario fenómeno!”.

“¡Ay, ser un dragón!”, de Marianne Moore, 1959

Prólogo

Cuando leí el título de este libro por primera vez, quedé intrigada al instante y una pregunta se formó en lo más profundo de mí ser: ¿qué pasaría si las mujeres fuéramos dragonas? Esa incógnita hizo que lo tomara para descubrir la respuesta.

Y no sólo la descubrí, también encontré mucho, mucho más.

Antes que nada, tengo que decir que Kelly Barnhill hace *magia* con sus palabras. Leerla fue una experiencia difícil de describir, pero lo intentaré: se sintió como un lago, como una profundidad inesperada, como aguas cristalinas que me envolvieron y me mecieron, como si nunca quisiera salir de ahí.

Cuando nosotras fuimos dragonas es una historia que se desarrolla en Estados Unidos en la época de los años cincuenta del siglo xx. A pesar de que tiene un enfoque sumamente realista, su premisa es fantástica: un buen día ocurre una *dragonización*, miles de mujeres se transforman en dragonas, ¿no es maravilloso?

Para mí, como mujer, lo es. No obstante, en la novela, la sociedad no estaba lista para un suceso así. La realidad es que el mundo nunca parece estar listo para la ira femenina, incluso en esta era en la que vivimos.

Se tiene que hablar de la ira femenina porque es uno de los temas centrales del libro. La transformación de mujeres a dragonas es una alegoría a toda la rabia interna que llega a su punto de quiebre y explota con una fuerza brutal. Y no puede ser contenida. Y nos muestra que las mujeres somos grandes, ocupamos espacio y nuestras voces son tan potentes como un rugido.

Pero la dragonización no viene sólo de esa ira femenina que indudablemente todas hemos sentido, a veces también es ocasionada por una dicha infinita, por la necesidad de descubrir nuevas experiencias o por las ganas inmensas de conectar con otras mujeres. Esto último también es un motivo recurrente en la historia: el poder de la sororidad. Cómo es que las mujeres nos cuidamos entre nosotras y cómo unidas somos invencibles e imparables.

Aquella sociedad de los años cincuenta estaba aterrada por el poder de la sororidad, por las dragonas. Era tanto su miedo que decidieron negar su existencia. Hicieron como si miles de mujeres hubieran desaparecido sin más, porque eso era más sencillo que admitir una verdad que debió ser imposible de ocultar. Sin embargo, hay cosas que no pueden borrarse. Hay cosas que no se pueden callar.

Y si bien Kelly Barnhill nos pide a gritos que no nos quedemos en silencio y que dejemos salir lo que en verdad somos, también nos habla del amor. La ira es capaz de romper con todo, la ira empodera... pero el amor nos da otra clase de poder. El amor es necesario para reconstruir y para *vivir*. Se manifiesta de formas distintas y en el texto se exploran de una manera que llega al corazón y crece allí.

Cuando nosotras fuimos dragonas es una historia llena de ira femenina, pero también de amor en todas sus presentaciones.

A pesar de que esta historia transcurre en otra época y en otro país, la novela conectó mucho conmigo y con todo lo que soy. Estoy segura que ustedes también lo harán, se encontrarán en las páginas de este libro y sentirán rabia y frustración, pero también muchísimo amor. Esto gracias a la voz de Alex, la protagonista, que lo único que quiere es estudiar y proteger a la persona que más ama en la vida.

Alex es imperdible. Es un personaje que se vuelve real y se siente tan cercano, como si te tomara de la mano para hacer que la acompañes y descubras con ella sus sueños, sus miedos, sus pasiones, su corazón, su mente brillante y, por supuesto, a las dragonas. Y vaya que deben descubrir a las dragonas; no son como las imaginan, son *magníficas*.

Este libro refleja una realidad que todas las mujeres enfrentamos, y aunque lo hace sin endulzar absolutamente nada, al mismo tiempo logra salpicar magia en todo el texto.

Después de cuestionarme ¿qué pasaría si las mujeres fuéramos dragonas?, obtuve la respuesta que tanto estaba buscando: Kelly Barnhill me hizo entender que las mujeres *somos* dragonas. Siempre lo hemos sido.

Claudia Ramírez Lomelí, 2024

Saludos, madre:

No tengo mucho tiempo. Este cambio (este maravilloso, maravilloso cambio) está sucediéndome en este momento. No podría detenerlo aunque lo intentara. Y no tengo interés en intentarlo.

No te escribo estas palabras con pesar. No hay espacio para el pesar en un corazón en llamas. Vas a decirle a la gente que no me criaste para ser una mujer enojada, y esas palabras serán ciertas. Nunca me diste permiso de enojarme, ¿verdad? La habilidad para descubrir y entender el poder de mi propia ira fue algo que se me negó. Al menos hasta que aprendí a dejar de negarme a mí misma.

Me dijiste el día de mi boda que estaba casándome con un hombre duro a quien yo tendría el placer de endulzar. “Sólo una buena mujer”, dijiste, “puede sacar la bondad de un hombre”. Esa mentira se volvió evidente desde nuestra primera noche juntos. Mi esposo no era un buen hombre y nada lo habría convertido en uno. Me casé con un hombre petulante, volátil, de voluntad débil y moralmente vil. Tú lo sabías, y aun así me susurraste tus secretos de matrona al oído y me dijiste que el dolor valdría la pena por los hijos que me traería algún día.

Pero no hubo hijos, ¿verdad? Las golpizas de mi esposo se encargaron de ello. Y ahora se las verá conmigo. Con uñas y dientes. La oprimida se ha convertido en la portadora de una flama justiciera y divina. Me quema, incluso ahora. Me encuentro liberada de la tierra, de los hombres, de mis deberes de esposa y de mi dolor de mujer. *No me arrepiento de nada.*

No voy a extrañarte, madre. Quizá ni siquiera te recuerde. ¿Una flor recuerda su vida cuando era semilla? ¿Un fénix se recuerda mientras renace en llamas? No volverás a verme. No seré más que una sombra atravesando el cielo, efímera, veloz, desvanecida para siempre.

—Fragmento de una carta escrita por Marya Tilman, una ama de casa de Lincoln, Nebraska, el primer caso científicamente confirmado de dragonización espontánea en los Estados Unidos de Norteamérica, previo a la Dragonización Masiva de 1955, también conocida como el Día de las Madres Desaparecidas. La dragonización, de acuerdo con los informes de testigos, sucedió durante el 18 de septiembre de 1898 mientras sus vecinos celebraban un coctel de compromiso en el jardín. La información y los datos respecto al caso de la señora Tilman fueron censurados por las autoridades. A pesar de la abrumadora evidencia que lo corroboraba, incluyendo la captura accidental de un daguerrotipo tomado desde la casa de sus vecinos, donde se ve claramente la dragonización en pleno suceso, así como las declaraciones juradas de testigos, los periódicos no cubrieron la noticia —ni locales ni nacionales—, todos los estudios planeados para investigar el fenómeno fueron prohibidos y se negó el financiamiento y publicación. Científicos, periodistas e investigadores fueron despedidos y vetados simplemente por preguntar por el caso Tilman. No fue la primera vez que ocurrían estos cortes de investigación, pero la calidad de la evidencia y el vigor con el que el gobierno se esforzó en suprimirla fue suficiente para desencadenar la formación del Colectivo de Investigación Wyvern, una asociación clandestina de doctores, científicos y estudiantes, todos ellos dedicados a la conservación de la información y al estudio (revisado por pares, cuando fuese posible) de las dragonizaciones tanto espontáneas como intencionales, para la mayor comprensión del fenómeno.

Caballeros, yo no vengo a decirles cómo hacer su trabajo. Yo soy científico, no político. Mi labor es hacer preguntas, registrar cuidadosamente las observaciones y analizar con vigor los datos, esperando que otros después de mí hagan más preguntas. No puede existir la ciencia sin el cuestionamiento de nuestras creencias más cercanas, y sin la demolición de nuestros sesgos y aversiones personales. No puede existir la ciencia sin la divulgación libre y sin límites de la verdad. Cuando ustedes, los que hacen las leyes, usan su poder para frenar el entendimiento y obstaculizar el libre intercambio de conocimiento e ideas, no soy yo quien sufre las consecuencias, es el país entero y, de hecho, el mundo.

Nuestro país perdió a cientos de miles de esposas y madres el 25 de abril de 1955, por un proceso que apenas podemos entender, no porque sea imposible de entender por naturaleza, sino porque a la ciencia se le ha prohibido la búsqueda de respuestas y se le han puesto trabas. Esta es una situación insostenible. ¿Cómo espera una nación responder a una crisis como esta sin la colaboración de sus científicos y médicos, sin compartir sus hallazgos clínicos y sus datos de laboratorio? La transformación masiva que se dio el 25 de abril de 1955 no tuvo precedentes en términos de magnitud y alcance, pero no fue —por favor, señores, déjenme terminar—, no fue una anomalía. Esto había pasado antes y voy a decirles simplemente que la conocida como *dragonización* continúa hoy en día, un hecho que sería mejor sabido y comprendido si los médicos e investigadores que han estudiado este fenómeno no

hubieran perdido sus puestos y sustentos, o si no hubieran tenido que ver con horror cómo las autoridades destruían sus laboratorios y registros. Sé muy bien que venir aquí hoy a hablarles con franqueza y pasión me pone en el grave riesgo de destrozarme lo que queda de mi carrera. Pero soy un científico, caballeros, y mi lealtad no está con esta organización, ni conmigo mismo, sino únicamente con la verdad. ¿Quién se beneficia cuando se entierra el conocimiento? ¿Quién gana cuando la ciencia sucumbe ante la conveniencia política? Yo no, congresistas. Y ciertamente tampoco el pueblo de este país, a quienes ustedes han jurado servir.

—Fragmento de la declaración de apertura del Dr. H.N. Gantz (exjefe de Medicina Interna en el Hospital Universitario Johns Hopkins y antiguo investigador del Instituto Nacional de Salud, los Cuerpos Médicos del Ejército y la Administración Nacional de las Ciencias) cuando se dirigió al Comité de Actividades Antiestadounidenses, el 9 de febrero de 1957.



1

Tenía cuatro años cuando vi a una dragona por primera vez. Nunca se lo conté a mi madre. No creí que lo entendería.

(Claro que estaba equivocada. Pero estaba equivocada respecto a muchas cosas cuando se trataba de ella. Esto no es particularmente inusual. Creo que, quizá, ninguno de nosotros conoce a su madre, no en realidad. O al menos no hasta que ya es muy tarde).

El día que vi a una dragona por primera vez fue, para mí, un día de luto en medio de momentos de inestabilidad. Mi madre se había ido hacía más de dos meses. Mi padre, cuyo rostro se había vuelto tan vacío e inexpresivo como una mano dentro de un guante, no me dio explicaciones. Mi tía Marla, quien se quedó con nosotros para cuidarme mientras mi madre no estaba, tampoco decía nada. Ninguno hablaba del estado de mi madre o de dónde estaba. No me dijeron cuándo volvería. Yo era una niña y, por lo tanto, no me daban información, ni un marco de referencia, ni un espacio para que yo preguntara nada. Me dijeron que fuera una niña buena. Esperaban que se me olvidara.

Había, en ese entonces, una mujer mayor que vivía del otro lado del callejón. Tenía un jardín con un cobertizo precioso y

varias gallinas en un gallinero con un búho falso colgado en la parte de arriba. A veces, cuando entraba a su patio para saludar, me regalaba un manojo de zanahorias. A veces me daba un huevo. O una galleta. O una canasta de fresas. Yo la amaba. Ella era, para mí, la única cosa sensata en un mundo en su mayoría insensato. Hablaba con un acento marcado —polaco, me enteré mucho después— y me llamaba su pequeña *żabko*, porque yo siempre andaba saltando como rana, y después me ponía a trabajar recolectando cerezas del piso o tomates sin madurar, o berros o guisantes dulces. Y después de un rato, me tomaba de la mano y me llevaba a casa, advirtiéndole a mi madre (antes de su desaparición) o a mi tía (durante los largos meses de la ausencia de mi madre): “Debes vigilar a esta o un día le van a salir alas y se va a ir volando”.

Eran finales de julio cuando conocí a la dragona, una tarde agobiante, caliente y húmeda. Uno de esos días en los que los relámpagos se quedan esperando a lo lejos en el cielo, corpulentos, en murmullos entrecortados por horas, en espera de poder traer sus torbellinos de opuestos, oscureciendo la luz, retumbando en silencio y recogiendo toda la humedad del aire como una enorme esponja empapada. Sin embargo, en ese momento, la tormenta todavía no empezaba y todo en el mundo parecía estar suspendido. El aire era tan húmedo y caliente que era casi sólido. Mi cabeza sudaba empapando mis trenzas y mi vestido fruncido estaba arrugado y con las huellas de mis manos sucias.

Recuerdo el ladrido entrecortado de un perro del vecindario.

Recuerdo el rugido lejano de un motor acelerando. Probablemente era mi tía, reparando otro auto de algún vecino. Mi tía era mecánica y la gente decía que tenía manos mágicas. Podía revivir cualquier máquina descompuesta.

Recuerdo el zumbido extraño, eléctrico, de las cigarras que se llamaban unas a otras de un árbol a otro y a otro y a otro.

Recuerdo las partículas de polvo y polen que flotaban suspendidas en el aire, reluciendo con la inclinación de la luz.

Recuerdo una serie de sonidos que venían del patio trasero del vecino. El rugido de un hombre. El grito de una mujer. Un jadeo de pánico. Un revuelo y un golpe sordo. Y después, un “¡oh!” quedo y temeroso.

Recuerdo cada una de estas cosas tan clara y certeramente como pedazos de vidrio roto. No tenía forma de entenderlas en su momento, no sabía cómo encontrar el vínculo entre los diferentes momentos aparentemente sin relación y los pedazos de información. Me tomó años aprender a unirlos. Había almacenado estos recuerdos de la manera en que un niño lo hace, como una colección aleatoria de objetos afilados y brillantes guardados en estantes oscuros, en los rincones más polvosos de nuestros archivos mentales. Y ahí se quedaron, agitándose en la oscuridad. Arañando las paredes. Desbaratando el cuidadoso orden de lo que creemos que es la verdad. Y lastimándonos cuando olvidamos lo peligrosos que son y nos aferramos a ellos con fuerza.

Abrí la puerta trasera y entré al patio de la anciana, como lo había hecho cientos de veces. Las gallinas no hacían ruido. Las cigarras dejaron de zumbar y los pájaros, de chirriar. La anciana no estaba por ningún lado. En su lugar, en el centro del patio, ví a una dragona sentada a medio camino entre los tomates y el cobertizo. Tenía una expresión de asombro en su enorme rostro. Miró fijamente sus manos. Miró fijamente sus patas. Estiró su cuello hacia atrás para echar un vistazo a sus alas. No grité.

No hui. Ni siquiera me moví. Sólo me quedé parada, plantada en el piso, observando a la dragona.

Finalmente, dado que yo había ido a buscar a la anciana y era una niña con mucha determinación, aclaré mi garganta y exigí saber dónde estaba. La dragona me miró, sorprendida. No dijo nada. Me guiñó un ojo. Levantó un dedo hacia su boca sin labios como diciendo “shhh”. Y después, sin esperar nada más, alzó su enorme cuerpo con sus piernas como resortes, levantó la mirada hacia las nubes, desplegó sus alas y, con un gruñido, empujó la tierra impulsándose hacia el cielo. La vi ascender más y más alto, eventualmente giró hacia el oeste y desapareció tras las frondosas copas de los olmos.

No volví a ver a la anciana nunca más después de eso. Nadie la volvió a mencionar. Era como si nunca hubiera existido. Intenté preguntar, pero ni siquiera tenía suficiente información para formular mi pregunta. Busqué a los adultos en mi vida para que me dieran explicaciones o un poco de alivio, pero no encontré ninguna. Sólo silencio. La anciana se había ido. Yo vi algo que no podía entender. No había espacio para siquiera mencionarlo.

Con el tiempo, tapiaron su casa, su patio creció sin control y su jardín se convirtió en una masa enmarañada. La gente pasaba frente a su casa sin mirarla dos veces.

Tenía cuatro años de edad cuando vi a una dragona por primera vez. Tenía cuatro años de edad cuando aprendí a guardar silencio si se trataba de dragonas. Quizá así es como aprendemos a guardar silencio, una ausencia de palabras, una ausencia de contexto, un hueco en el universo en el que debería haber la verdad.